

cuentas de su tradicion, y á nuestros hijos de su itinerario; debemos ser los continuadores resueltos de los unos y los guías prudentes de los otros. Seria pueril ocultar que un trabajo profundo se verifica en las instituciones humanas y que se preparan transformaciones sociales. Tratemos que esas transformaciones sean serenas y que se verifiquen en la parte alta y en la parte baja de la sociedad con fraternal y recíproca aceptación. Reemplacemos las conmociones con las concesiones. Este es el modo de que la civilizacion avance. El progreso consiste en verificar la revolucion amigablemente.

Ya seamos legisladores, ya ciudadanos, obremos con mucha prudencia; seamos benévolos. Curemos las heridas, extinguamos las animosidades suprimiendo el odio y suprimiremos la guerra; no provoquemos ninguna tempestad: el 93 fué

un furor necesario, pero desde entonces las violencias ya no son útiles ni necesarias; acelerar la circulacion perturbaria hoy. Nos basta con la dificultad de penetrar en lo desconocido. Soy de los que esperan en él, pero para que no se disipe esta esperanza creo que es preciso emplear toda la cantidad de pacificacion de que dispongamos. Obremos con la bondad viril que es propia de los fuertes. Pensemos en lo que está hecho y en lo que falta por hacer; tratemos de llegar por pendiente-suave adonde nos proponemos; calmemos á los pueblos con la paz, á los hombres con la fraternidad y á los intereses con el equilibrio. No olvidemos que somos responsables de la última mitad del siglo diez y nueve y que estamos colocados entre el gran ayer, la revolucion de Francia, y el gran porvenir, la revolucion de Europa.
Paris, Julio 1876.

PRIMERA PARTE

REGRESO Á FRANCIA DE LA EXPULSION DE BÉLGICA

PARIS

I.

Entrada en Paris.

El 4 de Setiembre de 1870, cuando el ejército prusiano, victorioso, se iba á lanzar sobre Paris, se proclamó la República; el 5 de Setiembre entró Víctor Hugo en dicha ciudad, de la que habia estado ausente diez y nueve años. Para que su entrada fuese silenciosa y solitaria, fué en uno de los trenes de Bruselas, que llegan á Paris por la noche. Entró á las diez, y numeroso gentío le esperaba en la estacion del Norte. Dirigió al pueblo la siguiente alocucion:

“Me faltan palabras para decir hasta qué extremo me conmueve la cariñosa acogida que me dispensa el generoso pueblo de Paris.

Ciudadanos, ya os lo dije: el dia que la República entre en Francia, entraré yo tambien, y aquí me teneis. Dos objetos grandes me atraen; el primero la República, el segundo el peligro.

Vengo á cumplir mi deber.

Cuál es mi deber? El vuestro, el de todos.

Defender, guardar á Paris.

Salvar á Paris es más que salvar la Francia, es salvar al mundo.

Paris es el centro mismo de la humanidad. Paris es la ciudad sagrada.

Quien ataca á Paris, ataca en masa á todo el género humano. Paris es la capital de la civilizacion, que no la constituye un reino ni un imperio, sino todo el género humano en su pasado y en su porvenir. Paris es la ciudad de la civilizacion, porque es la ciudad de la revolucion.

A semejante ciudad, que es un foco de luz, que es el centro de los espíritus y de los corazones, que es el cerebro del pensamiento universal, puede violarla, tomarla por asalto y destruirla una invasion salvaje. ¡No puede ser; eso no será jamás, jamás, jamás!

Ciudadanos, Paris triunfará, porque representa la idea humana y porque representa el instinto popular, y el instinto del pueblo está siempre acorde con el ideal de la civilizacion.

Paris triunfará si yo, y vosotros, y todo su pueblo formamos una sola alma, un solo soldado y un solo ciudadano; ciudadano para amar á Paris y soldado para defenderle. Con la República unánime, Paris triunfará.

Os agradezco en el alma vuestras aclamaciones, y las dedico á la gran agonía que destroza las entrañas de la patria en peligro.

Solo os pido que tengamos union, que estando unidos venceremos.

Ahogad todos los odios, olvidad todos

los resentimientos; uníos y sereis invencibles.

Estrechémonos todos alrededor de la República, y como hermanos pongámonos enfrente de la invasion. Solo por medio de la fraternidad podemos salvar la libertad."

El pueblo acompañó á Víctor Hugo hasta la avenida Frochot; éste iba á habitar en casa de su amigo Paul Meurice; gentío inmenso iba encontrando á su paso, y al llegar á la calle del Laval tuvo que dar otra vez las gracias al pueblo de Paris, diciendo:

"Me pagais en una hora los diez y nueve años de destierro."

II.

A los alemanes.

El ejército alemán seguía avanzando y amenazando á Paris. Creyó Víctor Hugo que aun era hora de levantar la voz para que le oyeran las dos naciones, y publicó en francés y en alemán el siguiente llamamiento:

"Alemanes, oid la voz de un amigo.

Hace tres años, en la época de la Exposición de 1867, desde el destierro os deseé la bienvenida á vuestra ciudad. Me refiero á Paris. Paris no pertenece solo á los franceses; es vuestro tanto como nuestro. Son vuestras capitales Berlin, Viena, Dresde, Munich y Stuttgart, pero Paris es vuestro centro: en Paris es donde vive la Europa. Paris es la ciudad de las ciudades. Es como fueron en sus tiempos Atenas y Roma. Paris es una inmensa hospitalidad: vais á volver aquí, pero cómo? ¿Como hace tres años, como amigos? No, como enemigos.

Por qué? ¿Por qué esa siniestra y mala inteligencia?

Dos naciones han formado la Europa: Francia y Alemania. La Alemania es para el Occidente lo que la India es para el Oriente, una especie de bisabuela, y la veneramos.

Pero qué es lo que ha sucedido ahora? La Alemania quiere destruir hoy á Europa, que ella construyó con su expansión y la Francia con sus luces.

¿Será posible que la Alemania deshaga la Europa mutilando la Francia, destruyendo á Paris?

Reflexionad sobre esto.

A qué viene esta invasion? ¿Por qué hacer ese esfuerzo salvaje contra un pueblo hermano? Qué daño os hemos hecho?

Esta guerra ni la queremos ni la hemos provocado; el imperio la quiso y se realizó, pero el imperio afortunadamente ha muerto.

No tenemos nada de comun con su cadáver. Representaba el pasado y nosotros representamos el porvenir; encarnaba el odio y nosotros la simpatía; era la imagen de la traicion y nosotros la de la lealtad; era Cápuia y Gomorra y nosotros somos la Francia.

Somos la República francesa, que tiene por divisa: *Libertad, Igualdad, Fraternidad*, y escribimos en nuestra bandera: Estados-Unidos de Europa. Somos el mismo pueblo que vosotros. Tuvimos á Vercingetorix, como vosotros habeis tenido á Arminio. El mismo rayo fraternal de union sublime atraviesa el corazon alemán y el alma francesa.

Esto es tan cierto, que decimos lo siguiente:

Si por desgracia vuestro error fatal os arrastrase á cometer las supremas violencias, si viniérais á atacarnos á la ciudad augusta, confiada en cierto modo por la Europa á la Francia, si asaltáseis á Paris, nos defenderíamos hasta el último extremo, lucharíamos con vosotros con todas nuestras fuerzas; pero os declaramos que continuaríamos siendo vuestros hermanos y que vuestros heridos los llevaríamos al palacio de la nacion, pues hemos designado de antemano el palacio de las Tullerías para que sirva de hospital á los prusianos heridos. En él estará la ambulancia de vuestros bravos soldados prisioneros; allí irán vuestras mujeres á cuidarlos y á socorrerlos. Serán nuestros huéspedes, les trataremos régicamente. Paris los recibirá en su Louvre.

Con la fraternidad en el corazon aceptaremos vuestra guerra.

Pero esta guerra no tiene ya objeto. Debía terminar cuando el imperio terminó. Matásteis á vuestro enemigo, que tambien lo era nuestro. ¿Qué más queréis?

Quereis tomar á Paris á la fuerza, cuando nosotros os lo ofrecemos con cariño. No hagais cerrar las puertas al pueblo que siempre os las tuvo abiertas. No os hagais ilusiones sobre Paris; os ama, pero os combatirá, y os combatirá con la majestad formidable de su gloria y de su duelo. Paris, amenazado de vio-

lacion brutal, puede llegar á ser terrible.

Julio Favre os ha dicho elocuentemente, y todos nosotros os repetimos, que debeis esperar una resistencia indignada.

Tomareis la fortaleza y os encontrareis con el recinto; tomareis el recinto y os encontrareis con las barricadas; tomareis las barricadas y entonces quizá os encontréis con el alcantarillado minado, que hará saltar quizás calles enteras. Os vereis condenados á tomar á Paris piedra tras piedra, ó á matar la Francia en detalle, calle tras calle, casa tras casa; necesitareis para extinguir su gran claridad apagarla de alma en alma. Deteneos.

Alemanes, Paris es terrible. Pensad que en él son posibles todas las transformaciones. Su molicie puede daros la medida de su energía; lo que parece que duerma se despertará, sacando la idea como la espada de la vaina, y la ciudad que ayer era Sybaris será mañana Zaragoza.

No creais que os decimos esto para intimidaros; sabemos que no se puede intimidar á los alemanes, que tuvieron un Galgacus que luchó contra Roma y un Körner que luchó contra Napoleon. Nosotros somos el pueblo de la *Marsellesa*, pero vosotros sois el pueblo de los *Sonetos acorazados* y del *Grito de la espada*. Sois una nacion de pensadores que en caso de necesidad se convierten en una legion de héroes. Vuestros soldados son dignos de los nuestros: los nuestros personifican la bravura imparable y los vuestros la tranquilidad intrépida.

Esto no obstante, escuchadme.

Os mandan generales hábiles y astutos y á nosotros jefes ineptos; habeis hecho la guerra con más discrecion que brillantez: vuestros generales han preferido la utilidad á la grandeza; estaban en su derecho. Nos habeis vencido por sorpresa y siendo diez contra uno; nuestros soldados no se han dejado asesinar estóicamente, á pesar de que teniais de vuestra parte todas las ventajas de la suerte, y si la Prusia ha alcanzado el triunfo, la Francia ha conquistado gloria.

Ahora creéis que os falta dar el último golpe, esto es, arrojaros sobre Paris, aprovechándoos de que nuestro ejército está destrozado y muerto casi todo él en el campo de batalla, para lanzar setecientos mil soldados con las máquinas de guerra, con las ametralladoras, con los cañones Krupp, con los fusiles Dreyse, sobre trescientos mil ciudadanos que están de pié en las murallas, sobre padres que defienden su hogar, sobre una

ciudad llena de familias aterradas. Sobre una ciudad inocente de esta tierra, sobre Paris aislado y desesperado, vais á precipitar el inmenso oleaje de vuestra carnicería, y esto es indigno de vosotros, valientes soldados, ilustre ejército de la noble Alemania. Reflexionadlo bien.

El siglo diez y nueve presenciara el espantoso prodigio de que una nacion civilizada se convierta en nacion salvaje para destruir la ciudad predilecta de las ciudades; presenciara que Alemania extinga á Paris, que la Germania levante el hacha para herir á la Galia. Los descendientes de los caballeros teutónicos continuaran una guerra desleal, exterminaran al grupo de hombres y de ideas que el mundo necesita, anonadarán á la ciudad orgánica, imitarán á Atila y á Alarico, y renovando despues de Omar el incendio de la biblioteca humana, arrasaran el *Hotel de Ville*, como los hunos arrasaron el Capitolio; bombardearan á Nuestra Señora de Paris, como los turcos bombardearon el Parthenon, ofreciendo al mundo el espectáculo de que los alemanes se conviertan en vándalos y de que la barbarie decapite á la civilizacion. Semejante victoria seria vuestro deshonor.

Nada puede asustar á vuestro magnánimo ejército ni á vuestro valeroso pueblo, pero sí que podemos indicaros la gravedad de vuestros propósitos. Ciertamente no vais á buscar el oprobio, pero lo encontrareis; y yo, europeo, esto es, amigo de Paris; yo, parisiense, esto es, amigo de los pueblos, advierto el peligro en que se encuentran mis amigos de Alemania, porque os admiro y os honro, y sé bien que si hay algo que pueda haceros retroceder, no es el miedo, es la vergüenza.

Pensad cómo volveriais á vuestros hogares y lo que os dirian vuestras mujeres al veros regresar á vuestros paises, vencedores, pero con la cabeza baja y con el rubor en la frente. La muerte de Paris causaria inmenso duelo, el asesinato de Paris seria un gran crimen. No acepteis tan formidable responsabilidad. Deteneos.

Oid mis últimas palabras. Paris, desesperado, se verá sostenido por toda la Francia sublevada; puede vencer y vencerá; y vosotros habeis intentado, para vuestra perdicion, un hecho brutal que indigna al mundo. Pero aunque no os venciera, podeis borrar de vuestra bandera las palabras *destruccion, abolicion, muerte*. No puede destruirse á Paris.

Aunque se consiguiera con facilidad destruirle materialmente, moralmente se engrandecería; arruinando á Paris lo santificaréis. La dispersion de las piedras causaría la dispersion de las ideas. Si lanzárais á Paris á los cuatro vientos, solo alcanzaríais conseguir que cada uno de los granos de sus cenizas fuese una semilla del porvenir. Su sepulcro gritaría: Libertad, Igualdad, Fraternidad. Paris es una ciudad, pero también es un alma. Incendiad nuestros edificios, que solo son nuestra osamenta; su humo adquirirá forma, se convertirá en vivo y en enorme, ascenderá hasta el cielo y se verá para siempre sobre el horizonte de los pueblos, encima de nosotros y de vosotros, confirmando vuestra gloria y nuestra vergüenza el espectro luminoso de Paris.

Persistid si quereis, alemanes. Atacados, que nos defenderemos. Soy viejo y estaré en la muralla sin armas. Quiero estar con los pueblos que mueren y compadecer á los que están con los reyes que matan.

Paris 9 Setiembre 1870.,

III.

A los franceses.

A la alocucion de Víctor Hugo la prensa feudal alemana contestó con gritos de cólera, y el ejército siguió marchando contra Paris. No quedó ya otra esperanza que llamar á las masas, esto es, á todos los ciudadanos. Tras el llamamiento á la paz, hizo el siguiente llamamiento á la guerra:

“Hemos aconsejado fraternalmente á la Alemania, y sin embargo, viene contra nosotros y está á las puertas de Paris.

El imperio atacó á la Alemania, como habia atacado á la República, de improviso, como traidor, y ahora la Alemania, de la guerra que le movió el imperio, se quiere vengar en la República. La historia juzgará este hecho.

Nada nos importe el modo de obrar de la Alemania; Francia tiene deberes que cumplir con las otras naciones y con el universo; cumplámoslos.

Nuestro primer deber es dar el ejemplo. Vá á sonar la hora suprema para los pueblos y cada cual vá á dar la medida de lo que vale.

La Francia tiene el privilegio que tu-

vieron en otro tiempo Roma y Grecia, que su peligro vá á marcar las aguas bajas en el rio de la civilizacion.

Si sucediera, lo que es imposible, que la Francia sucumbiera, la cantidad de sumersion que experimentará indicaría la bajada del nivel del género humano; pero la Francia no sucumbirá, porque cumplirá su deber. La Francia debe á todos los pueblos y á todos los hombres hacer lo posible por salvar á Paris, no por éste, sino por el mundo.

Para cumplir este deber que se levanten todas las *communes*; todos los campos, y que se llenen todos los bosques de voces tonantes. Toquemos á rebato. Que de cada casa salga un soldado, que cada arrabal se convierta en un regimiento, que se arme toda la ciudad. Si los prusianos son ochocientos mil, vosotros sereis cuarenta millones de hombres. Dirigíos contra ellos. ¡Lila, Nantes, Tours, Bourges, Orleans, Dijon, Tolosa, Bayona, á luchar! Lyon, toma el fusil; Burdeos, toma la carabina; Rouen, saca la espada, y tú, Marsella, canta tu cancion terrible. Armaos, ciudades, aldeas, villorrios y caseríos. No importa que carezcáis de municiones y de artillería.

En otro tiempo los campesinos suizos no tenían más que hachas, los campesinos poloneses no tenían más que hoces, los campesinos bretones no tenían más que varas, y todo se desvanecía ante ellos. Todo sirve de arma defensiva para el que obra bien. Estamos en nuestra casa y la estacion nos favorece. O guerra ó ignominia. El que quiere puede. Un fusil malo es excelente cuando el corazon es bueno. Un pedazo de sable es invencible cuando el brazo es valiente. El pueblo de España venció á Napoleon. En seguida, sin perder un dia, ni una hora, todos, ricos y pobres, labradores, trabajadores y clase media, bajaos á tierra y recoged todo lo que se parezca á un arma ó á un proyectil. Apoderaos de las rocas, amontonad los adoquines del empedrado, combatid con todo lo que tengais á mano, coged las piedras de nuestra tierra sagrada y dilapidad á los invasores con los huesos de vuestra madre la Francia. Los guijarros que lanzareis á la cara del enemigo son, ciudadanos, la patria.

Que todo hombre sea un Camilo Desmoulins, toda mujer sea una Theroigna, que todo adolescente sea un Barra. Obrad como Bonbonnel, el cazador de panteras, que con quince hombres mató veinte prusianos y cogió treinta prisio-

neros. Que las calles de las ciudades devoren al enemigo, que las ventanas se abran furiosas, que las habitaciones arrojen los muebles, que los techos lancen sus pizarras.

Pueblo que te acumulas en el antro, desplega tu estatura inesperada. Haz que vea el mundo el formidable prodigio de tu despertar: que el leon del 92 se yerga y se erice, y que huya la inmensa bandada negra de buitres de dos cabezas cuando le vean sacudir la melena.

Hagamos la guerra dia y noche, en las montañas, en los bosques y en las llanuras. No haya tregua ni descanso, ni sueño, que el despotismo ataca la libertad y la Alemania atenta á la Francia. Que se derrita como nieve el colosal ejército enemigo al calor candente de nuestro sol; organicemos la tremenda batalla de la patria; defendamos la Francia con heroismo, con ternura y con desesperacion. Deteneos solo cuando paseis por delante de una cabaña para besar la frente de algun niño dormido en la cuna, porque el niño es el porvenir, y el porvenir es la República.

Nada debe importarnos la actitud de Europa. Si tiene ojos verá nuestra situacion, y vendrá á ayudarnos si quiere. No busquemos auxiliares; si la Europa teme, que tema; nosotros, sin embargo, le prestaremos nuestros servicios aunque no nos auxilie: para el terrible sacrificio que la Francia acepta, si la Alemania la obliga, la Francia basta á la Francia. Paris ha dado siempre más que ha recibido. Si invita á las otras naciones á que la ayuden, es más por el interés de éstas que por el suyo. Que obren como quieran; Paris no suplica á nadie, que si suplicase asombraría á la historia. Alemanes, incendiad á Paris, como habeis incendiado á Estrasburgo; encendereis más cóleras que casas.

Paris tiene fortalezas, murallas, fosos, cañones, casamatas, barricadas y alcantarillas; tiene pólvora, petróleo y nitroglicerina; tiene trescientos mil ciudadanos armados; el honor, la justicia, el derecho y la civilizacion indignada fermentan en él; el foco bermejo de la República se hincha dentro de su cráter; ya sobre sus pendientes se difunden y se alargan corrientes de lava; está lleno el volcán de Paris de todas las explosiones del alma humana: tranquilo y formidable, espera la invasion, y ya se siente el hervidero del volcán, que no necesita socorro.

Franceses, vais á combatir, vais á sa-

crificaros por la causa universal, porque se necesita el sacrificio de la Francia para emancipar al mundo; porque se necesita que de vuestros infortunios salga la libertad; porque las sombras ilustres de Leonidas, de Bruto, de Arminius, de Dante, de Rienzi, de Washington, de Danton, de Riego y de Manin se sonrien orgullosas á vuestro alrededor; porque se necesita demostrar al universo que existen la virtud, el deber y la patria, y no retrocedereis y llegareis hasta el fin, y hareis ver al mundo que si la diplomacia es cobarde, el ciudadano es bravo; que si hay reyes, también hay pueblos; que si el continente monárquico se eclipsa, la República resplandece, y que si en este instante no existe Europa, existe Francia.

Paris 17 Setiembre 1870.,

IV.

A los parisienses.

Se pidió á Víctor Hugo que fuese por toda la Francia á lanzar el grito de guerra; pero habia prometido participar de la suerte de Paris y no quiso salir de la ciudad. Bloquearon á Paris y la Prusia lo puso en estado de sitio. El pueblo se portó heroicamente. En el mes de Octubre sobrevinieron algunas divisiones en el pueblo, y Víctor Hugo se dirigió á los parisienses, recomendándoles la union, del siguiente modo:

“Parece que los prusianos hayan decretado que la Francia pertenezca á la Alemania y que Alemania pertenezca á la Prusia; que yo, que nací lorenés, sea alemán; que sea media noche al medio dia; que el Eurotas, el Nilo, el Tíber y el Sena sean afluentes de la Sprée; que la ciudad que durante cuatro siglos ha iluminado al mundo, no tenga razon de ser; que basta con Berlin; que no han existido nunca Montaigne, Rabelais, d'Aubigne, Pascal, Corneille, Molière, Montesquieu, Diderot, Juan Jacobo, Mirabeau, Danton, ni la Revolucion francesa; que no hace falta Voltaire teniendo á Bismarck; que el universo pertenece á los que venció Napoleon el Grande y á los vencedores de Napoleon el Pequeño; que en lo sucesivo el pensamiento, la conciencia, la poesia, el arte, el progreso, la inteligencia empezarán en Potsdam y concluirán en Spandau; que no habrá más civilizacion, ni más Europa, ni más

Paris; que no se ha demostrado que la ilustracion sea necesaria; que por otra parte, damos los franceses malos ejemplos porque somos Gomorra y los prusianos son el fuego del cielo, por lo que de hoy en adelante el género humano solo será una potencia de segundo orden.

Este decreto van á ejecutarlo en vosotros, parisienses. Suprimiendo á Paris, van á mutilar al mundo. Extinguirán á Paris, y encargándose solo la Prusia de brillar, la Europa quedará sumida en las tinieblas.

Es posible semejante porvenir? No nos tomemos el trabajo de contestar que no y sonriámonos.

Dos adversarios están ahora frente á frente. Uno de ellos es la Prusia, con nuevecientos mil soldados; el otro es Paris, con cuatrocientos mil ciudadanos. A un lado está la fuerza, al otro la voluntad; á un lado un ejército, al otro un pueblo; á un lado la noche y al otro la luz.

Empieza el antiguo combate del arcángel con el dragon, que terminará como terminó antiguamente.

La Prusia será precipitada.

Esta guerra tan espantosa ha sido hasta ahora exigua, pero vá á ser grandiosa.

Lo siento por vosotros, prusianos, pero será preciso que cambiéis de modo de obrar. Siempre sereis dos ó tres contra uno, ya lo sé, pero es preciso abordar á Paris de frente. Ya no podeis combatir en los bosques, entre matorrales, en los barrancos, ni ejercer vuestra táctica tortuosa, ni deslizaros en la oscuridad. La estrategia de los gatos no se puede usar contra el leon. Se acabaron las sorpresas. Os oimos venir, y aunque vengais sigilosamente la muerte os oye, que tiene el oido fino y es terrible acechadora. Nos espiais, pero nosotros os espiamos tambien. Paris tiene el rayo en la mano y el dedo en el gatillo; vela y mira al horizonte. Atacadnos; salid de la oscuridad, que os veamos. Se han acabado los éxitos fáciles y empieza el combate cuerpo á cuerpo. La victoria ahora exige ser un poco imprudentes. Teneis que renunciar á la guerra que os hacia invisibles, á la guerra á gran distancia, á esa guerra que os escondia, sin que os viéramos nunca.

Vamos, en fin, á entablar la verdadera batalla. Han terminado las matanzas verificadas por un solo adversario. Ya no nos manda la imbecilidad. Vais á luchar con el gran soldado que se llamaba la Galia en la época en que os llamábais

los *Corusses*, y que se llama la Francia hoy que sois vándalos.

Vá á empeñarse la guerra franca, leal y feroz. Os la pedimos y os la prometemos. Vamos á juzgar á vuestros generales: la gloriosa Francia tiende á engrandecer á sus enemigos, pero puede muy bien suceder que lo que nosotros hemos llamado habilidad de Moltke, solo sea ineptia de Lebœuf. Ahora lo averiguaremos.

Comprendo que no titubearéis, aunque saltar al cuello de Paris es difícil. Nuestro collar está guarnecido de puntas.

Disponéis de dos recursos que no causarán la admiracion de Europa; los recursos de bombardear y de sitiarse á Paris por hambre. Empleadlos. Esperamos vuestros proyectiles. Si alguna de vuestras bombas, rey de Prusia, cae en mi casa, esto probará, no que yo no soy Píndaro, sino que vos no sois Alejandro.

Se os atribuye otro proyecto; el de cernerse sobre Paris sin atacarle y el de conservar toda vuestra bravura para emplearla contra nuestras ciudades indefensas, contra nuestras aldeas y contra nuestros caseríos. Derribareis heroicamente sus puertas abiertas y os instalareis allí, poniendo precio á los cautivos con el arcabuz en la mano. Esto se ha visto ya en la Edad Media y se vé todavía en las cavernas. La civilizacion, estupefacta, presenciaria tan gigantesco bandolerismo y veria á un pueblo destrozando á otro. No creemos que realiceis semejante proyecto. La Prusia atacará á Paris, pero la Alemania no saqueará las aldeas. Matará, pero no robará. Creemos en el honor de los pueblos.

Atacad á Paris, prusianos; bombardead, que durante ese tiempo llegarán el invierno y la Francia; el invierno, esto es, la nieve, la lluvia, el granizo y el hielo; la Francia, esto es, la llama.

Ciudadanos, á combatir. Solo existe la urgencia en estos instantes de ir contra la Prusia. La cuestion de hoy es combatir, la cuestion de mañana es vencer, la cuestion de todos los dias es morir. Tengamos union y unidad. Olvidemos los agravios, los resentimientos, los rencores y los odios. Amémonos para luchar juntos. Ahora todos tenemos los mismos méritos y deben olvidarse las personalidades y las ambiciones, sacrificándolas al bien público; formemos un solo francés, un solo parisiense, un solo corazon. Resistamos hoy y nos emanciparemos mañana. Yo ya no me acuerdo

CONTESTACION DE VÍCTOR HUGO.

Honorables y queridos compañeros:

Os felicito por vuestra patriótica iniciativa. Quereis que os sirva de algo; os serviré y os daré las gracias.

Vuestros son *Los Castigos*; para que sirvan para la defensa de Paris os los entrego, y tambien á los generosos artistas que han de secundar vuestros deseos.

Construyamos si podemos otro cañon para que proteja esta ciudad augusta é inviolable, que es como una pátria dentro de otra pátria.

Queridos compañeros, escuchad el ruego que os voy á dirigir: no bauticeis el cañon con mi nombre. Ponedle el nombre de esa diminuta ciudad que se llama Chateaudun, intrépido pueblo que en los momentos presentes divide la admiracion de Europa con Estrasburgo.

Poned el cañon en las murallas. Una ciudad abierta y sin defensa ha sido asesinada; ha entrado en ella á saco un ejército convertido en horda, en pleno siglo diez y nueve; un grupo de tranquilas casas ha quedado convertido en un monton de ruinas, y han asesinado á las familias en sus hogares. La salvaje exterminacion no ha perdonado sexo ni edad. Pueblos desarmados, sin más recurso que el supremo heroismo de la desesperacion, han sufrido el bombardeo, la metralla, el saqueo y el incendio. ¡Que ese cañon los vengue! Que ese cañon vengue á las madres, á los huérfanos y á las viudas; á los hijos que han quedado sin padres y á los padres que han quedado sin hijos; que vengue á la civilizacion, al honor universal, á la conciencia humana, á la que insulta esta guerra abominable, en la que la barbarie balbucea sofismas. Que ese cañon sea implacable, fulgurante y terrible; y que cuando los prusianos oigan sus estampidos y que cuando le pregunten: ¿Quién eres? el cañon les responda: Soy el rayo; me llamo *Chateaudun*.

VÍCTOR HUGO.

Efectivamente, el dia 5 de Noviembre se verificó la primera *Mañana literaria* en el teatro de la Puerta de San Martin, en el que se dió al público de Paris la primera audicion de *Los Castigos*. En esta audicion declamaron varias de las poesías del susodicho libro los principales actores de Paris, entre otros Federico Lemaitre, M. Coquelin y Mlle. Favart; á peticion de la Sociedad de hombres de letras,

de mi nombre; me llamo pátria frente al enemigo, y nosotros todos nos llamamos Francia. Paris, á las murallas! Que la Europa presencie el espectáculo imposible de que Paris se engrandece y de que aterra al mundo. A tí, Paris, que has coronado de flores la estatua de Estrasburgo, la historia te coronará de estrellas.

Paris 2 Octubre 1870.,

V.

Los Castigos.

La edicion parisiense de *Los Castigos* apareció el 20 de Octubre, un mes despues de haber empezado el bloqueo de Paris. El libro en esa época quedó encerrado en la ciudad lo mismo que el pueblo. *Los Castigos*, publicados durante el sitio memorable, cumplieron su mision en Paris durante la invasion, como la habian cumplido fuera de Francia durante el imperio.

Paris 22 Octubre 1870.

Señor Director de *El Siglo*:

Los Castigos jamás produjeron ninguna utilidad á su autor, y esto no lo dice por quejarse. Hoy la venta de los cinco mil ejemplares primeros de la edicion parisiense ha producido un beneficio de quinientos francos. Pido permiso para ofrecer esos quinientos francos á la suscripcion abierta para fundir cañones.

Recibid la seguridad de mi cordial fraternidad.

VÍCTOR HUGO.

LA SOCIEDAD DE HOMBRES DE LETRAS
Á VÍCTOR HUGO.

Paris 29 Octubre 1870.

Querido y honorable presidente:

La Sociedad de los hombres de letras desea regalar un cañon que sirva para la defensa nacional.

Tiene asimismo la idea de que los primeros artistas de Paris declamen algunos trozos de las poesías del libro de *Los Castigos*, que escribió el proscrito que entró en Francia cuando entró la República.

Esta Sociedad, á quien tanto honrais, se considerará feliz en deber á vuestra benévola confraternidad el producto de dicha lectura y de ofrecerlo á la pátria, y al mismo tiempo os pide permiso para bautizar el cañon con el nombre glorioso de *Victor Hugo*.

M. Rafael Félix cedió gratuitamente el teatro; los artistas dramáticos, lo mismo que M. Padeloup y la orquesta que dirigía, prestaron gratuitamente su concurso para celebrar esta solemnidad patriótica. Se inauguró con un notable discurso de Julio Claretie, en el que examinó á grandes rasgos literaria y políticamente *Los Castigos*. Produjo esta audición 7.577 francos y 50 céntimos. En vista de este magnífico resultado, la comisión especial nombrada por la Sociedad de hombres de letras pidió autorización á Víctor Hugo para celebrar en el mismo teatro otra *Mañana literaria*, y por medio de Paul Meurice recibió la autorización solicitada: el 13 de Noviembre se volvieron á leer en el teatro de la Puerta de San Martín otros trozos poéticos de *Los Castigos*, también por los mejores actores dramáticos que actuaban en dicho coliseo. El producto de la segunda audición excedió al de la primera: se recogieron 8.281 francos 90 céntimos. La referida Sociedad nombró una comisión para que fuera oficialmente á dar las gracias á Víctor Hugo, y le pidió que les permitiera dar la tercera audición de *Los Castigos*. Víctor Hugo les respondió lo siguiente:

“Mis queridos compañeros:

Demostremos al pueblo la tercera lectura de *Los Castigos*, pero démosela gratis; procurad que ésta se verifique en el antiguo teatro Real ó Imperial, en el salón de la Ópera, que ascenderemos desde ahora á la dignidad de salón popular. Haremos la cuestación con cascos prusianos, y el cobre de los céntimos del pueblo de París nos servirá de bronce para fundir cañones que disparen contra la Prusia. Vuestro compañero y amigo,

VÍCTOR HUGO.”

Efectivamente, la tercera audición de *Los Castigos* fué gratis y se verificó en el teatro Nacional de la Ópera, y durante los entreactos de la representación popular, los simpáticos y generosos artistas que la declamaron salieron, como Víctor Hugo indicaba, á hacer una cuestación con cascos tomados de los prusianos. La calderilla del pueblo que cayó en los referidos cascos produjo la suma de 468 francos 50 céntimos. Al final de la representación arrojaron á la escena una corona dorada de laurel, que llevaba esta inscripción: *A nuestro poeta, que dá á los po-*

bres el pan espiritual. El comité de los hombres de letras, en las sesiones del día 18 y del día 19 de Noviembre, dió cuenta de haber entregado al Tesoro la cantidad de 10.000 francos, precio del coste de los dos cañones, que había tasado M. Dorian. La comisión enteró al comité de la dificultad que se oponía á bautizar uno de los dos cañones con el nombre de *Chateaudun*, habiendo muchos suscriptores que dieron su óbolo creyendo que se le bautizaría con otro nombre. El comité decidió que el primer cañón se llamase *Victor Hugo* y el segundo *Sociedad de los hombres de letras*.

El comité de la Sociedad de hombres de letras escribió á Víctor Hugo noticiándole su resolución y poniendo á su disposición la cantidad sobrante de lo recaudado. Víctor Hugo contestó suplicando al comité que guardase esa cantidad para emplearla en socorrer á las víctimas que hiciese la guerra entre las gentes de letras.

Mientras se verificaban esas audiciones, el teatro Francés dió también una *Mañana literaria*, dramática y musical, el día 25 de Noviembre, en la que mademoiselle Favart representó á Doña Sol (acto V del *Hernani*), madame Laurent á Lucrecia Borgia (acto V de *Lucrecia Borgia*) y madame Ugadle cantó *Patria* (*Leyenda de los siglos*), el *Aparecido* (de *Las Contemplaciones*) y *Las palabras de un conservador á propósito de un perturbador* (de *Los Castigos*). Esta sesión, que se verificó á beneficio de las víctimas de la guerra, produjo 6.000 francos. Víctor Hugo no asistió á ninguna de estas representaciones. En otros teatros, sociedades y clubs se dieron audiciones de poesías de diferentes libros de Víctor Hugo, hasta que en Enero las obligó á cesar una fuerza mayor, cuando los teatros carecieron de leña para calentarse y de gas para la iluminación, cuando hubo verdadera imposibilidad de dar dichas lecturas públicas.

VI.

Elecciones para la Asamblea nacional.

Escrutinio del 8 de Febrero de 1871.

DEPARTAMENTO DEL SENA.

Resultó elegido Víctor Hugo por 214.169 votos

BURDEOS

I.

Llegada á Burdeos.

El 14 de Febrero, al día siguiente de llegar Víctor Hugo á Burdeos, al salir de la Asamblea, le invitó la multitud á que se asomase al balcón que domina la plaza Mayor y á que dirigiese la palabra al pueblo que se apiñaba en dicha plaza, pero él rehusó hablar desde el balcón. A los que le hablaron con este objeto contestó lo siguiente:

“En las actuales circunstancias solo debo hablar al pueblo desde la Asamblea. Me preguntáis lo que pienso de la cuestión de la paz ó de la guerra: no puedo tratar esta cuestión en este sitio. La prudencia forma parte de mi sacrificio. Esta cuestión, no solo nos interesa á nosotros, sino que también interesa á la Europa, cuyo destino está adherido al destino de Francia. Se nos presenta temible alternativa; la guerra desesperada ó la paz más desesperada aun. La elección terrible entre la desesperación con gloria ó la desesperación con vergüenza, solo debe hacerse desde lo alto de la tribuna. Allí me decidiré sin faltar nunca á mi deber, pero no me exijáis que dé aquí explicaciones. Permitidme que guarde silencio. Amo al pueblo y él lo sabe; si me callo, comprenderá por qué.”

Después, volviéndose hácia la multitud, Víctor Hugo lanzó este grito: ¡Viva la República! Viva Francia!

II.

La guerra en el presente y la paz en el porvenir.

Asamblea nacional.—Sesión del 1.º de Marzo de 1871.
Presidencia de M. Julio Grevy.

EL PRESIDENTE: Víctor Hugo tiene la palabra.

M. VÍCTOR HUGO: El imperio ha cometido dos parricidios; mató la República en 1851 y mata á la Francia en 1871. Durante diez y nueve años hemos estado sufriendo la alabanza oficial y pública del repugnante régimen caído, y entre la angustia de esta discusión dolorosa nos faltaba recibir la sorpresa de oír en esta Asamblea balbucear la defensa del imperio ante el cuerpo agonizante de la Francia asesinada.

No prolongaré este incidente, que está ya agotado, y me limitaré á hacer constar la unanimidad de la Asamblea.

ALGUNAS VOCES: Menos cinco votos.

M. VÍCTOR HUGO: Señores, París está en este momento sufriendo los tiros del cañón prusiano; nada hay decidido. París espera, y nosotros, sus representantes, que hemos vivido cinco meses la misma vida que él, tenemos la obligación de decirnos cómo piensa.

Hace cinco meses que el combate de París asombra al mundo; en cinco meses de República ha conquistado más honor que perdió en diez años de imperio. Cinco meses de República han sido cinco meses de heroísmo. París hace frente á toda la Alemania; una ciudad ha detenido una invasión; París ha combatido á diez pue-